

Curro Jiménez, en el Senado

NO. no. No se me sobresalten los señores lectores. No es que el caballo de Curro Jiménez, acompañado por El Algarrobo y por El Estudiante, haya entrado en el Parlamento como el caballo de Pavía y haya mandado a casa a sus señorías los senadores. Han sido, por el contrario, sus señorías los senadores los que han metido en la sala de sesiones del Senado al bandido generoso de la televisión, de quien todavía no me he enterado, por cierto, si es acusado o si es miembro del Comité anticorrupción de Prado del Rey. Luego explicaré cómo fue la cosa.

Antes tengo que dejar constancia, para mis innumerables y fieles lectores del siglo que viene, de que el Senado había aprobado el día anterior los Presupuestos Generales del Estado. Así son las cosas en el Palacio de la plaza de la Marina Española. Primero se reúne el Pleno; más de una tercera parte de los señores senadores vota en contra de los proyectos de ley ya aprobados en el Congreso; los proyectos de ley pasan entonces a la Comisión; la Comisión intenta introducir alguna modificación, aunque sólo sea una coma, sobre todo, por aquello de que se vea que los senadores tienen algo que suprimir, rectificar, corregir o aumentar, pero el Gobierno insiste en que no anden echando comas en los proyectos de ley, y que, como dijo Juan Ramón definiendo, no el proyecto de ley, sino el poema, «no lo toques ya más, que así es la rosa»: la mayoría de los miembros de la Comisión correspondiente, que pertenecen, naturalmente, a U. C. D., comprenden, con algunas cháncharras mancharras, las razones del Gobierno, y dejan de poner la coma donde querían ponerla; el proyecto de ley vuelve, incólume, intacto, ileso, al Pleno, y el Pleno lo aprueba por mayoría simple. Como en el ruedo: o se hace la faena en los tercios, o se hace en los medios. Bueno, pues los Presupuestos salieron del Senado como una rosa inmaculada. La oposición había echado un puñado de arena en los cojinetes gubernamentales, pero a la postre el Gobierno se sale con la suya y el mundo sigue andando.

Como ya tenía el presupuesto aprobado, el señor Fernández Ordóñez no apareció ayer por el Senado, que ya estaría pensando en la manera de sacarnos del bolsillo los ingresos previstos, de no pasarse mucho en los gastos y en preparar el presupuesto de 1979, que ya ha dicho que va a empezar a prepararlo desde ahora, para que no suceda lo de siempre. Pero el Senado también tenía que aprobar créditos extraordinarios y suplementos de créditos, esos mismos que ya había discutido y aprobado el Congreso. Un crédito para pagar las subvenciones electorales fue enviado a la Comisión. ¡Demontre!, que diría un señor senador de los del XIX. ¿es que los partidos políticos se han vuelto locos y no quieren cobrar? ¿Hasta esos extremos de austeridad ha llegado la influencia de los Pactos de la Moncloa? No, no, no. Es que no hubo quórum porque sus señorías se habían atrasado en la llegada, quizá prolongando la sobremesa. El señor presidente del Senado, don Antonio Fontán, cita a sesión a las cuatro y media, que es una hora muy europea para levantar manteles, pero que los celtiberos todavía aprovechan para prolongar las delicias del café,

copa y puro, o para dar la cabezada nacional de la siesta en cualquier territorio autónomo del Estado español.

Y entonces llegó lo de la televisión. Ya se sabe que la última moda democrática consiste en zarandear la televisión. Y así la zarandearon los diputados. ¿por qué no iban a zarandearla los senadores? Un señor senador decía que la televisión se dedica a hacer publicidad de las bebidas y que ya son cinco millones los españoles afectados, en mayor o menor grado, por el alcoholismo, y que también hace una propaganda «desaforada» del tabaco. (Poca impresión debió de hacer en sus señorías el puritano discurso, porque en cuanto el señor Fontán concedió media hora de descanso, los señores senadores se entregaron en el bar a la copa y al cigarrillo.) Se buscaban soluciones para pagar los gastos de TV. E. y se examinaba la posibilidad de poner un impuesto sobre el uso de aparatos de televisión. Pero se desechaba la fórmula, porque eso sería, dijo el senador, como «imponer un impuesto sobre el aburrimiento de las personas físicas». Al señor Jiménez Blanco, que es de Granada, se le ocurrió citar a su homónimo Curro Jiménez, y recordó el elogio del susodicho Curro a los liberales en el último episodio de la serie televisiva. Y como lo que la oposición trataba de demostrar es que la televisión, en vez de ser un medio del Estado es un instrumento del Gobierno, llegó el señor Huerta, socialista él, con chaleco de lana rojo, hombre gordo y socarrón, y dijo que los liberales a los que se refería Curro Jiménez eran, naturalmente, los que estaban en la U. C. D. y no los que militan en otros partidos. ¡Vaya por Dios! ¡Y uno que creía que Curro Jiménez se había afiliado al partido de don José María de Areilza! Los dos créditos extraordinarios para TV. E. también fueron enviados a la Comisión, y ahí sí que no pueden tocar una coma.

Los demás créditos extraordinarios pasaron sin problemas. Por ejemplo, el del aumento de la plantilla diplomática, quizá por aquello de que hacen falta más diplomáticos para mandarlos a las Embajadas de los países del Este, y que pasó por una unanimidad sólo rota por el voto en contra del señor Duarte Cendán, de Cádiz, también socialista, y que no sabemos qué reparos albergará contra la diplomacia o es que, como decía en los pasillos una malévola señoría, cuyo nombre no diré, le suspendieron alguna vez en el examen de Ingreso de la Escuela Diplomática. Don Marcelino Oreja, ministro de Exteriores, subió a la tribuna para dar las gracias,

El señor Benet —el del lío con Tarradellas— y el señor Fernández Viagas interpelaron al ministro del Interior con motivo de ese lío de la quema de las fichas policiales y de los archivos. El señor Fernández Viagas habló de salvar la historia, al mismo tiempo que se salva también la concordia y se firma el perdón mutuo. Pero a continuación dijo que había que «evacuar los excrementos de estos cuarenta años», frase de oro para ser grabada en el frontispicio de la reconciliación. Le faltó decir «y olé», porque el señor Fernández Viagas es de Sevilla. Don Rodolfo Martín Villa aseguró que la historia quedaría salvada, y con esta tranquilidad en el ánimo los señores senadores se fueron a descansar de todo este trabajo que da la Patria. Jaime CAMPANY.